

# REVISTA EUROPEA.

Núm. 125

16 DE JULIO DE 1876.

AÑO III.

## DE RE BIBLIOGRAPHICA.

AL SEÑOR D. GUMERSINDO LA VERDE RUIZ

CATEDRÁTICO DE LITERATURA  
EN LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID, ETC.

Mi muy docto amigo y paisano: Dias pasados dirigí á usted una breve impugnacion de ciertas erradas afirmaciones acerca del pasado intelectual de España, vertidas por el Sr. D. Gumersindo de Azcárate en sus artículos sobre *El Self-Government y la monarquía doctrinaria*. Doliame allí del lamentable olvido y abandono en que tenemos las glorias científicas nacionales, en especial las filosóficas, abandono y olvido que, entre otros daños de menor entidad, trae el gravísimo de mantener á nuestra patria falta de todo carácter propio en las modernas evoluciones del espíritu humano, dejándonos á merced de cualquier viento de doctrina que sople de extrañas tierras, y siendo causa eficazísima de la anarquía y desconcierto que hoy nos aqueja y lleva trazas de prolongarse, si Dios no lo remedia. Él solo sabe si es útil ó dañoso el sesgo que al presente llevan ciertos estudios en España, y si es el mejor antidoto contra la exageracion *innovadora* la exageracion *reaccionaria*. Lo que sí puede afirmarse es que ambos fanatismos se inspiran en libros extranjeros, por más que uno y otro sean de antiguo aboliendo en nuestra historia filosófica, y que, tal vez sin darse cuenta de ello, obedecen los secuaces de tan opuestas ideas á las providenciales leyes del pensamiento ibérico, aunque incurriendo en no pocas aberraciones y alejamientos de las escuelas peninsulares, por no detenerse á estudiarlas como debieran, y á buscar dentro de España el anterior desarrollo de sus respectivos sistemas ó los precedentes históricos que los han motivado. Pero dejando aparte tales consideraciones, vengamos derechamente al objeto de esta epístola y de las que, Dios mediante, han de seguirla, que se enderezarán sólo á desenvolver algunas indicaciones apuntadas en mi anterior, sobre los medios de reparar la ignorancia, hoy generalmente sentida respecto á nuestra *historia científica* y aún á una gran parte (no despreciable por cierto) de la *literaria*.

Estos medios se reducen á tres:

1.º Fomentar la composicion de monografías bibliográficas.

2.º Idem de monografías expositivo-críticas referentes á cada ramo de la ciencia, ó al ménos á los que tienen historia importante en España.

3.º Creacion de seis cátedras nuevas en los Doctorados de las Facultades, con otras instituciones encaminadas al mismo propósito.

Trataré brevemente de cada uno de estos proyectos, dividiendo mi trabajo, á guisa de sermon, en tres puntos.

### 1.—ESTUDIOS BIBLIOGRÁFICOS.

Acúsase con frecuencia á la Bibliografía, por los extraños á su cultivo, de *ciencia* árida é indigesta, de fechas y de nombres, superficial y frívola al mismo tiempo, como que sólo pára la atencion en los accidentes externos del libro, en la calidad del papel y de los tipos, en el número de las hojas, y limita sus investigaciones á la *portada* y al *co'ofon*, sin cuidarse del interior del volúmen, que para ella suele estar tan cerrado como el de los *siele sellos*. No ha de negarse que hay hartos *bibliófilos* (si tal nombre merecen) acreedores á esta y aún á otras más acres y no ménos fundadas censuras; y en verdad que se duda á veces entre la risa y la indignacion al ver á ciertos acaparadores de libros estimar el mérito de los trabajos del humano ingenio por su mayor ó menor escasez en el mercado, despreciando, v. gr., los clásicos griegos y latinos porque se encuentran á toda hora, en cualquier forma y en variedad de ediciones, al paso que dan suma importancia á los libros de *jineta*, de *esgrima*, de *celtreria*, de *tauromaquia*, de *heráldica* ó de *arte de cocina*, por raros y difíciles de encontrar en venta. Y produce ciertamente triste impresion la lectura de muchos catálogos bibliográficos, cuyos autores para nada parece haber tenido en cuenta el valor intrínseco de los libros, fijándose sólo en insignificantes pormenores propios más de un librero que de un erudito. Pero no es ese el verdadero procedimiento del bibliógrafo, ni puede llamarse trabajo científico, sino mecánico, el descarnado índice de centenares de volúmenes cuyo registro externo arguye á lo sumo diligencia y buena fortuna, nunca dotes intelectuales ni saber *crítico*. Y la crítica ha de ser la primera condicion del bibliógrafo, no porque deba éste formularla con todo el rigor del juicio *estético* y de la apreciacion *histórica* diestramente combinados, sino para que sepa indicar de pasada los libros de escaso mérito, entresacando á la par cuanto de

útil contengan, y detenerse en las obras maestras, apuntando en discretas frases su utilidad, dando alguna idea de su doctrina, método y estilo, ofreciendo extractos si escasea el libro, reproduciendo íntegros los opúsculos raros y de valor notable, y añadiendo sobre cada una de las obras por él leídas y examinadas un juicio no profundo y detenido como el que nace de largo estudio y atenta comparación, sino breve, ligero y sin pretensiones, como trazado al correr de la pluma por un hombre de gusto; juicio *espontáneo* y *fresco* (si vale la expresión), como que nace del contacto inspirador de las páginas del libro; *impresiones* vertidas sobre el papel con candor é ingenuidad erudita. ¡Qué obra más útil, á la par que deliciosa es un catálogo bibliográfico redactado de esta manera! Así concebida la *Bibliografía*, es al mismo tiempo el *cuerpo*, la historia *externa* del movimiento intelectual, y una preparación excelente é indispensable para el estudio de la historia *interna*. Los registros de obras hechos sin estas condiciones serán útiles en el sentido en que lo son los catálogos de editores y libreros, pero no serán trabajo de literato, sino de mozo de cordel; no llamemos á sus autores *bibliógrafos*, sino *acarreadores* y *faquines de la república de las letras* (1).

Por dicha, los *bibliógrafos* españoles (con excepciones raras) han sido fieles á la misión importantísima que la ciencia por ellos cultivada debe cumplir, y áun algunos pueden presentarse como dechados, si no de todas, de la mayor parte de las cualidades indicadas. No son escasos los frutos de la investigación erudita entre nosotros; pero aún resta no poco que trabajar en este campo. De los *Diccionarios* y *Catálogos* hoy existentes, ya impresos, ya manuscritos, puede hacerse la división siguiente:

- 1.º *Bibliotecas generales.*
- 2.º *Etnográficas.*
- 3.º *Corporativas.*
- 4.º *Regionales.*
- 5.º *Por materias.*
- 6.º *Índices y Catálogos de bibliotecas públicas y particulares.*

Tiene nuestra España la gloria de poseer una de las bibliografías generales más extensas y con más diligencia trabajadas, doblemente admirable si consideramos el tiempo en que fué compuesta, en las dos *bibliotecas Vetus* y *Nova* de Nicolás Antonio, dadas á la estampa la segunda en 1672, y póstuma la primera en 1696, gracias á la munificencia del cardenal Aguirre y á los desvelos del dean Martí. Breves y de escasa importancia eran los ensayos anteriores al colosal trabajo del ilustre bibliógrafo sevillano.

El comentario elegantísimo *De doctis Hispanie viris*, ó sea *Apología pro adserenda hispanorum eruditione*, del docto profesor complutense Alfonso García Matamoros (vertido al castellano en el siglo pasado por el canónigo Huarte), no es otra cosa que un panegirico de nuestras letras, en que se mencionan muy pocos autores y escasísimos libros, sin indicaciones tipográficas de ninguna especie. *La Bibliotheca Hispanica* de Andrés Peregrino (ó sea el P. Andrés Scotto) puede aún consultarse con provecho en ciertos lugares, y mereció bien de nuestras letras su extranjero autor, sólo por el intento, pero es de limitada utilidad bibliográfica á pesar de su volumen, pues de los tres de que consta, versa el primero sobre la *religion, universidades, bibliotecas, concilios y reyes* de España, y en los dos restantes, tras de intercalarse asimismo materias extrañas, se habla más de los autores que de los libros, y por lo general sólo de los contemporáneos del jesuita flamenco, que dió á luz su obra en Francfort el año de 1608. Un año ántes había salido de las prensas maguntinas un *Catalogus clarorum Hispanie scriptorum* á nombre de Andrés Taxandro, índice sucinto y descarnado que generalmente se atribuye al mismo Scotto. Así en el *Catálogo* como en la *Biblioteca* se hace mérito casi únicamente de los escritores que usaron la lengua latina, falta que intentó remediar el toledano D. Tomás Tamayo de Vargas, formando un índice bastante copioso de obras castellanas, con el título no impropio de *Junta de libros la mayor que España ha visto en su lengua*. Manuscrito permanece en la Biblioteca Nacional este catálogo, hoy de escaso valor como libro de consulta, dado caso que le disfrutaron ámpliamente Nicolás Antonio y otros bibliógrafos. Con tan escasos auxilios comenzó su tarea, en verdad hercúlea, el autor de la *Censura de Historias Fabulosas*, prosiguióla con ardor creciente y jamás igualada diligencia, y logró darla cima en lo posible, consagrando á ella el bien aprovechado trabajo de su vida entera. De eterna admiración son dignos sus esfuerzos, pues si reflexionamos las gravísimas dificultades con que se tropieza para formar la bibliografía del ramo ménos cultivado del saber humano, el índice de los trabajos relativos á un solo punto de la ciencia, el catálogo de los escritores de una provincia, de un pueblo de limitada importancia, cómo no asombrarnos de esa titánica empresa de dar á conocer en un libro cuanto en España se había escrito desde la era de Augusto hasta fines del siglo XVI, sobre cualquier materia y en cualquiera forma! Y ¿quién ha de parar la vista en los errores, en las omisiones, en las faltas de pormenor inevitables en obra semejante? Aunque mucho más graves fueran, no bastarían á contrapesar las singulares excelencias de erudición y crítica, la riqueza in-

(1) Expresión de Puigblanch.

comparable de noticias recogidas en aquellos cuatro volúmenes, que son aún, y serán por mucho tiempo, el monumento más grandioso levantado á la gloria de las ciencias y de las letras españolas. Conviene consultar la obra de Nicolás Antonio en la reimpression matritense de 1783 y 1788, en que se agregaron á la *Bibliotheca Nova* las adiciones manuscritas del mismo autor, y se acrecentó la *Vetus* con las copiosísimas notas del sabio hebraizante y numismático Perez Bayer.

El segundo ensayo de *bibliografía* general debióse á D. José Rodriguez de Castro, que con erudicion notable, aunque sin método ni crítica, propúsose refundir, acrecentar y continuar las *bibliotecas* de Nicolás Antonio en la suya *Española* que no pasó del siglo XIV, si bien, con haber quedado tan á los principios, es obra de indispensable consulta en la parte hispano-romano y en la de los tiempos medios, y puede considerarse como el mejor suplemento á la *Bibliotheca Vetus*.

Al lado de Nicolás Antonio, padre de nuestra bibliografía, debemos colocar el nombre del rey de nuestros modernos eruditos, D. Bartolomé J. Gallardo, en cuyas admirables *papeletas* diestramente ordenadas por los señores Zarco del Valle y Sancho Rayon veo casi realizado (un poco más de critica no sobraría) el ideal de la labor bibliográfica, tal como la concibo y expuse al comienzo de esta epístola. El *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, riquísimo en extractos y noticias, suple gran parte de las omisiones de Nicolás Antonio respecto al siglo XVI, suministra datos y documentos sobre toda ponderacion interesantes para la historia de nuestra literatura y en especial de la poesía lírica y de la dramática, y es de utilidad más directa é inmediata que ningun otro libro de bibliografía nacional para todo linaje de curiosos y de lectores. ¿Por qué desdicha no han visto aún la pública luz los últimos volúmenes de esta obra excelente, suspendida desde 1866 en la letra F? ¿Á qué director de instruccion pública estará reservada la gloria de procurar la impresion de lo restante?

Empresa es harto difícil el formar la bibliografía del siglo en que vivimos, fértil como ninguno en folletos, opúsculos, memorias, periódicos y hojas volantes. En parte muy considerable, realizáronlo, sin embargo, los señores D. Dionisio Hidalgo y don Manuel Ovilo y Otero en sendos *Diccionarios* de no poco volúmen, impreso en cinco tomos el primero, desde 1861 á 1868, é inédito en la Biblioteca Nacional el segundo, del cual publicó en Paris un extracto con título de *Manual* la casa de Rosa y Bouret. Como escritos de bibliografía general pueden considerarse además de los citados la *Tipografía Española* del P. Mendez, adicionada por Hidalgo, los *Apuntamientos* de nuestro paisano D. Rafael

Floranes sobre el mismo asunto, y el *specimen* de Diosdado Caballero *De prima typographia hispana ætate*, con otros opúsculos de menor cuantía relativos al primer siglo de nuestra imprenta. Y si agregamos la voluminosa *Bibliografía crítica* (no en todo española) del trinitario Fr. Miguel de San José, los trescientos artículos que añadió Floranes á Nicolás Antonio, los excelentes que en las *Revistas Universitaria* y de *Instruccion pública* dió á luz el bibliotecario ovetense D. Aquilino Suarez Bárcena, y alguna que otra tentativa semejante (1), tendremos casi completo el índice de los estudios *generales* de bibliografía española realizados hasta el momento en que trazo estas líneas.

Y continuando, amigo mio, en esta reseña de lo hasta hoy trabajado para indicar despues con más holgura lo que aún falta llevar á cabo, mencionaré las dos únicas bibliotecas etnográficas que poseemos, la *Árábico-Hispano-Escorialensis* de Casiri y la *Rabínico-Española* de Rodriguez de Castro, ninguna de las cuales satisface las exigencias de la crítica moderna, por más que la primera fuese, en el tiempo en que salió á luz, una *revelacion* y hoy mismo parezca de utilidad grandísima, dado caso que no existe obra alguna que pueda con ventaja sustituirla.

Pero aparte de la falta de método, harto sensible, y de los reparos que la ciencia contemporánea ha puesto á algunas de las traducciones allí incluídas, ha de confesarse que la obra de Casiri, reducida al catálogo de los manuscritos árabigos de una Biblioteca, siquiera sea de las más ricas en este ramo, no puede suplir, sino en parte y muy indirectamente, la falta de una *Bibliografía árábigo-española* completa, más necesaria á medida que adelantan los estudios orientales, tan interesantes para la historia de nuestra cultura. Á los arabistas españoles toca llenar este vacío, y uno de los más distinguidos, el Sr. Fernandez Gonzalez, está encargado oficialmente de completar y corregir el catálogo de Casiri, lo cual nos da esperanza de ver realizado ántes de mucho el comun deseo de nuestros eruditos, si, como creemos, el docto profesor no se limita á esta preliminar tarea, sino que emprende la formacion del apetecido índice de autores árabes-españoles, ya conservados en nuestras bibliotecas, ya en las extranjeras. En cuanto á la obra de Rodriguez de Castro, superior en riqueza de noticias á las anteriores de Wolfio y Bartholoccio, táchanla no pocos hebraizantes modernos de superficial y poco exacta, y fuera de desear que entre la nueva generacion *masorética*, educada por el sabio doctor Garcia Blanco, se hallase algun *bibliófilo*, doctor, á la par, en la lengua santa y en sus afines y

(1) En alguna parte hemos leído que el Sr. D. Carlos Ramirez de Arellano, residente en Córdoba, tiene hechas adiciones á Nicolás Antonio.

derivadas, que tomase á su cargo las adiciones y enmiendas al trabajo de nuestro bibliotecario.

En la clase de *Bibliotecas corporativas* pongo en primer término las de *comunidades religiosas*, limitada alguna de ellas á España, generales las más y obra de autores extranjeros.

Por la parte considerable é interesantísima que encierran de nuestra bibliografía, son dignos de especial mención los *Anales* franciscanos de Wadingo y su continuador Harold; la *Biblioteca* de la misma Orden, formada por Fr. Antonio de San José; la excelente de *escritores dominicos*, de Quetif y Echard, á la cual precedieron los ensayos de Antonio Senense, Alfonso Fernandez y Fr. Ambrosio de Altamira; la *Carmelitana*, de Cosme de Villiers de San Estéban; el *Alphabeto Augustiniano*, de Fr. Tomás de Herrera; las *Bibliothecas cistercienses*, de Vischio y Muñiz, y otros ménos extensos y conocidos catálogos de autores pertenecientes á diversas órdenes, que no mostraron tanto esmero como las anteriores en la conservacion de sus Memorias literarias.

A todo lo cual deben agregarse las numerosas *historias* de las mismas sociedades monásticas, que, sin ser obras propiamente bibliográficas, encierran, no obstante, un tesoro de noticias acerca de no pocos escritores, siendo notables, en tal concepto, la *Crónica de la Orden de San Benito*, de Yepes, la que en muy elegante estilo escribió de los *jerónimos* el P. Sigüenza, y otras que fuera prolijo, y no parece necesario, enumerar. Pero ninguna Orden religiosa ha excedido á la Compañía de Jesus en lo esmerado y completo de su extensa y curiosísima bibliografía. Ya en 1608 publicóse en Amberes el catálogo de escritores jesuitas, formado por el ilustre P. Rivadeneyra. Continuáronle Nieremberg, Alegambe y otros egregios varones de la Compañía, así nacionales como extranjeros, y llegados los tiempos de expulsion y extrañamiento, dos jesuitas de la provincia de Aragon, emigrados en Italia, Diosdado Caballero y Onofre Prat de Sabá, formaron con notable diligencia sendos catálogos de los deportados españoles que tan gallarda muestra habían dado de su saber en todo linaje de ciencias y disciplinas. Á coronar todos estos ensayos, y otros que al presente no recuerdo, vino en 1859 la muy erudita *Bibliothèque des écrivains de la Compagnie de Jesus*, publicada en Lieja por los PP. Agustín y Luis Backer, obra que adolece no obstante, sin duda por la dificultad de la empresa, de omisiones y aún yerros, por lo ménos en la parte española.

No ménos poderosos, influyentes, conspicuos y fecundos en ilustres escritores que las *Ordenes* fueron los llamados *Colegios Mayores*, muertos á mano airada por D. Manuel de Roda en tiempo de Carlos III. De los escritores salidos del seno de tales corporaciones, poseemos notable bibliografía, gra-

cias á la diligencia de Rezabal y Ugarte, y encuéntranse además noticias en la *Historia del Colegio Viejo de San Bartolomé de Salamanca*, que ordenó el marqués de Alvéntos.

Como incluidos tambien en la seccion *bibliográfica de corporaciones*, pueden estimarse los catálogos de escritores alumnos ó maestros de las Universidades de Salamanca, Oviedo, Zaragoza y Valencia, que acompañan á las *Memorias históricas* de dichas escuelas, publicadas en estos últimos años por los Sres. Doncel y Ordáz, Canella y Secades, Boraó y Velasco, si bien tales apéndices son por su naturaleza harto breves, y sólo pueden servir de índices ó registros para quien emprenda formar la *Bibliografía universitaria ibérica*, no intentada aún por nadie que yo sepa.

Mucho más rica que la seccion anterior, es la de *Bibliothecas Regionales*, en la cual comprendo las de reinos, provincias, comarcas y ciudades. Á continuacion va el índice de las que conozco, muy incompleto sin duda, pero que demuestra el grado de cultivo obtenido en España por esta rama de la erudicion *bio-bibliológica*.

PORTUGAL. Excede en este punto á las demas regiones peninsulares: posee la magna *Bibliotheca Lusitana*, de Barbosa Machado (á quien precedieron en su empresa Juan Franco Bareto, Jorge Cardoso y algun otro), y el admirable *Diccionario bibliográfico*, de Inocencio da Silva, que aumenta y corrige la obra de su predecesor y la continúa hasta nuestros dias.

En la Biblioteca Nacional se conserva un manuscrito del Sr. D. Domingo Perez, relativo á los escritores portugueses que han escrito en lengua castellana.

VALENCIA. Sigue á Portugal en materia bibliográfica. Á parte de los ensayos hechos en el siglo XVII por Onofre Esquerdo y D. Diego de Vich, cuenta tres *bibliothecas* impresas: la del P. Rodriguez, continuada por el P. Savalls; la de Jimeno y la de su adicionador Pastor y Fustér, que la prosiguió hasta 1829. Hânse publicado además diversos opúsculos eruditos sobre puntos aislados de la historia literaria de aquel reino, y entre ellos *El teatro en Valencia*, de D. Luis Lamarea.

ARAGON. A ninguna de nuestras bibliotecas regionales cedería la de Latassa, si la falta de método y lo farragoso é indigesto del estilo no oscurecieran las cualidades de erudicion y exactitud que en ella resaltan. Esperamos que los iniciadores de la *Biblioteca Aragonesa* refundan, amplien y terminen este trabajo: Acerca de la *Imprenta en Zaragoza*, conozco un curioso folleto del Sr. Boraó (1).

(1) A Latassa precedió en su empresa el cronista Andrés Ustarróz con un *Índice de escritores aragoneses*.

CATALUÑA. Aparte de otros catálogos anteriores de menor importancia, posee el *Diccionario de escritores catalanes*, de Torres Amat, ligero é incompleto, aunque rico en noticias, y el *Suplemento* al mismo, de Corominas y Aleu, que repara muchas de sus omisiones. Aún resta no poco que trabajar en la bibliografía del Principado, pero es de creer que agote la parte lemosina el docto bibliotecario señor Aguiló, en su obra premiada, há no pocos años, por la Biblioteca Nacional, aunque por desdicha no impresa todavía. Sobre escritores *gerundenses* existe una Memoria del Sr. Girbal.

ISLAS BALEARES. D. Joaquín M. Bovér ha publicado una extensa y erudita *Bibliografía* balear, de la cual se han hecho dos ediciones, muy aumentada la segunda, que puede considerarse como obra nueva.

Las regiones del Mediodía, Centro y Norte de la Península han sido en esta parte ménos afortunadas que Portugal y la corona aragonesa. Los estudios bibliográficos (con alguna excepcion) han sido más breves en Castilla, y muchos de ellos permanecen inéditos. Tengo noticia de los siguientes:

ANDALUCÍA. *Sevilla*.—Rodrigo Caro (*Claros varones en letras, naturales de Sevilla*), y sus continuadores D. Diego Ignacio de Góngora y D. Juan Nepomuceno Gonzalez de Leon, el analista Ortiz de Zúñiga, Arana de Varflora, ó véase el P. Valderama (*Hijos ilustres de Sevilla*), Matute y Gaviria, más que todos diligente; muchos contemporáneos nuestros, entre los cuales recordamos á los señores Colom, Alava, Asensio, Gomez Aceves, Laso, etc., y la *Sociedad de bibliófilos andaluces*, han acopiado innumerables datos para la bibliografía hispalense, siendo de lamentar que no se hallen reunidas en una obra de fácil manejo las noticias hoy dispersas en manuscritos, libros no frecuentes, prólogos y artículos de revistas. La Biblioteca Nacional premio tiempo atras la *Tipografía Sevillana*, del Sr. Escudero y Perosso.

*Cádiz*.—Sólo he visto el *Diccionario* de Cambiaso, sobremanera incompleto.

*Córdoba*.—*Hijos ilustres* de esta provincia, manuscrito del Sr. D. Luis M. Ramirez de las Casas Deza, conservado en la Biblioteca Nacional. Es más *biográfico que bibliográfico y crítico*.

CASTILLA LA NUEVA. *Madrid*.—*El Diccionario* de Alvarez Baena tiene de bibliográfico muy poco, y esto con frecuencia inexacto. Más que á los escritores atiende á los *nobles* nacidos en Madrid, á quienes, por el sólo hecho de serlo, considera *ilustres*, deteniéndose con fruicion á trazar sus *genealogías* y describir sus escudos de armas.

*Toledo*.—Es muy de sentir que el docto cronista de la imperial ciudad, Sr. Camero, há poco difunto, no hubiese dedicado una parte de sus aprovechadas

tareas á la formacion de una *Biblioteca toledana*. Las únicas noticias que sobre el particular se han recogido, hay que buscarlas en su *Historia* y en las de otros analistas anteriores, que por incidencia traen algo aprovechable para la historia literaria.

*Cuenca*.—Posee, no un seco catálogo de ediciones, ni un farrago de apuntes biográficos, como otras provincias ménos afortunadas, sino una serie de admirables estudios, modelos de erudicion y de critica, que debieran ser luz y espejo de bibliógrafos y eruditos. Cuatro tomos de notable volumen lleva publicados el Excmo. Sr. D. Fermin Caballero, relativos á Hervás y Pandoro, Melchor Cano, el Dr. Montalvo y los hermanos Juan y Alfonso de Valdés. En ellos ha dado á conocer, no sólo la importancia científica y literaria de cada uno de sus personajes, sino las ideas y el espíritu de la época en que vivieron y la atmósfera intelectual que respiraron. La tipografía conque queda asimismo ámpliamente ilustrada en el opúsculo *La imprenta en Cuenca*, del mismo autor (1).

EXTREMADURA. El Excmo. Sr. D. Vicente Barrantes, infatigable explorador de las glorias de su país natal, es autor de un *Catálogo bibliográfico de obras útiles para la historia de Extremadura*, premiado por la Biblioteca Nacional, y hoy refundido en el *Aparato bibliográfico*, del cual sólo ha visto la luz el primer tomo. En él anuncia el Sr. Barrantes hallarse ocupado en una *bibliografía de extremeños ilustres*, que servirá de complemento á sus notables estudios.

CASTILLA LA VIEJA Y REINO DE LEON. Doloroso es decirlo, pero necesario. Las provincias castellanas y leonesas han manifestado escasísimo interes en la conservacion de sus memorias literarias. Segovia posee el apéndice de escritores que añadió Colmenares á su *Historia*. En los anales eclesiásticos y seculares de las demas capitales y poblaciones de importancia se encuentran esparcidas muchas noticias útiles, pero no expuestas con criterio bibliográfico ni en forma erudita. Ni aun ciudades de tan gloriosa historia como Valladolid y Búrgos, ni aun la *Atenas española*, foco de saber y de cultura, centro además de una escuela literaria en dias no muy lejanos, han cuidado de formar sus catálogos bibliográficos. Si algo se ha intentado en tal sentido, son tan escasas la extension ó importancia de los ensayos, que sus títulos y los nombres de sus autores se van de la memoria y de la pluma.

LAS ASTURIAS. *Asturias de Santillana ó Montaña de Santander*.—Sepárola de Castilla, con la cual no tiene otras relaciones que las puramente adminis-

(1) Bien lejano me hallaba yo, al trazar estas líneas, de tener que deplorar al pié la pérdida reciente y dolorosísima de este sabio, pérdida grande para las letras, inmensa para los que fuimos sus amigos.

trativas y las comerciales, y la asocio, como más aín, al Principado de Asturias. De extension territorial harto reducida, pero con historia y costumbres propias, la comarca montañesa, patria nuestra muy amada, recuerda con orgullo no pocos blasones literarios, alcanzados por naturales y oriundos de su suelo. A pesar de haberse contado entre ellos eruditos y bibliógrafos tan eminentes como Floranes, el P. La Canal y La Serna Santander, ninguno pensó en registrar ordenadamente los trabajos científicos de sus conterráneos. Algo se ha intentado en nuestros días. La Biblioteca Nacional ha premiado en el presente año un *Diccionario de obras útiles para la historia de Santander*, obra de un extraño á nuestro país, el Sr. D. Enrique de Leguina, á quien debemos agradecerle por su diligencia. Y aunque parezca de mal tono literario sacar á plaza el propio nombre, y más cuando éste es de sobra oscuro é insignificante, sabe usted, amigo mio, que me he propuesto formar una serie de monografías crítico-bibliográficas acerca de nuestros escritores, de la cual ha visto la luz pública el primer estudio dedicado á la apreciación de las producciones del ilustrado santanderino D. Telesforo Trueba y Cosío.

*Asturias de Oviedo.*—A fines del siglo pasado, el docto canónigo de Tarragona Gonzalez Posada acometió la empresa de formar una *Biblioteca de escritores asturianos*. El primer bosquejo de su trabajo, remitido por él á Campomanes, ha visto la luz pública como anónimo en el tomo I del *Ensayo de una biblioteca española formado sobre los apuntamientos de Gallardo*. Extendidas con la brevedad que allí aparecen las primeras notas, dió Posada mayor extension á sus trabajos, y con el título no muy propio de *Memorias históricas del Principado*, publicó un primer tomo que abraza sólo la letra A de su *Diccionario*, no limitado ya á los escritores, sino comprensivo de todos los asturianos ilustres. Perdióse en Tarragona, de la manera que usted sabe, el resto de su obra, harto farragosa y poco crítica, y hasta estos últimos años no se pensó en reparar su falta con una nueva *Biblioteca Asturiana*. Hála formado con diligencia suma el Sr. Fuertes, catedrático de este Instituto, y se guarda el manuscrito en la Biblioteca Nacional.

*GALICIA.* Existen: un *Diccionario de escritores gallegos* (lastimosamente interrumpido en su publicacion), del Sr. Murguía; un *Catálogo de libros útiles para la historia de aquel reino*, formado por el bibliotecario de la Universidad de Madrid D. José Villamil y Castro, y el ensayo (manuscrito en la Biblioteca Nacional) *Sobre la imprenta en Galicia*, del Sr. Soto Freire.

No tengo noticia de más bibliografías peninsulares, faltando entre otras (y es falta notable en provincias tan apegadas á sus tradiciones) la *vasco-*

*navarra*, para la cual sólo se hallan noticias sueltas esparcidas en muy desemejantes libros y folletos (1).

Existen además las siguientes *Bibliotecas americanas*, sin otras que de seguro no habrán llegado á mi conocimiento:

*General. Bibliotheca americana vetustissima*, de Harrise.—*La imprenta en América*, del mismo.

*MÉJICO.* Aparte del ensayo dado á la estampa en el siglo pasado por Eguiara y Eguren, posee el antiguo imperio azteca, joya de la corona castellana en más felices dias, la excelente *Biblioteca americana septentrional*, de Beristain y Souza, digna de ser puesta en parangon con las de Inocencio da Silva, Fustér y Latassa.

*ISLA DE CUBA.* En la Biblioteca Nacional se conserva un manuscrito moderno, más biográfico que bibliográfico, acérca de los ingenios nacidos en esta colonia. No recuerdo el nombre de su autor.

*REPÚBLICAS DEL SUR.* No se han publicado bibliografías general ni especiales, pero sí unos extensos *Ensayos biográficos* acerca de sus poetas, obra del Sr. Torres Caicedo.

Con intento más científico que el de las *bibliotecas regionales*, se han formado en España algunas por orden de materias. Su número es por desgracia harto breve. Entre ellas merecen especial recuerdo la *Historia bibliográfica de la medicina española*, de Hernandez Morejon, y la que con el título de *Anales* publicó D. Anastasio Chinchilla; *La botánica y los botánicos de la península hispano-lusitana*, obra del Sr. Colmeiro (D. Miguel); la *Biblioteca mineralógica*, de los Sres. Maffei y Rua Figueroa; el *Diccionario de bibliografía agronómica*, de don Braulio Anton Ramirez; la *Biblioteca Marítima*, de Navarrete; la *de Economistas*, del Sr. Colmeiro (D. Manuel); la *de Historiadores del reino, ciudades, villas, iglesias y santuarios*, de D. Tomás Muñoz Romero; el admirable *Catálogo del teatro antiguo español*, del malogrado y eruditísimo La Barrera, libro que en saber y diligencia deja muy atras los ensayos antecedentes. Si á estas siete obras, nacidas las más de los concursos de la Biblioteca Nacional, agregamos la comenzada *Biblioteca de traductores* de Pellicer; el *Catálogo de piezas dramáticas anteriores á Lope de Vega*, que acompaña á los *Orígenes del Teatro Español*, bellísimo estudio de Moratin; el *Índice del teatro del siglo XVIII*, que puso el mismo egregio dramaturgo al frente de sus *Comedias*; los muy copiosos y esmerados *Catálogos de pliegos sueltos y libros que contienen romances*, unidos por el sabio Durán á la

(1) No hacen excepcion los *Varones ilustrados alaveses*, de Landazuri (blanco de las iras de nuestro Floranes), el *Diccionario biográfico de encartados*, de D. Martin de los Heros, ni los estudios sueltos de varios bibliófilos bilbaínos. Tambien hay noticias útiles en *Los Vascongados*, del Sr. R. Ferrer.

última edicion de sus *Romanceros*; los de *Poemas heróicos, místicos, históricos, burlescos, etc.*, publicados por los Sres. D. Cayetano Rosell y D. Leopoldo A. de Cueto (1) en los tomos XXIX y LXVII de la Biblioteca de Autores Españoles; los *Índices cronológicos de dramáticos del siglo XVII*, incluidos en la misma coleccion por el Sr. Mesonero Romanos; el de *Libros de caballería españoles y portugueses*, del Sr. Gayangos; y descendiendo á trabajos de menor extension é importancia, la *Biblioteca militar española*, de García de la Huerta, y el *Catálogo de escritores de veterinaria*, del Sr. Llorente y Lázaro, tendremos casi completa la lista de las monografías bibliográficas por orden de materias dadas hasta hoy á la estampa. Pero inéditas se conservan algunas más, premiadas ó adquiridas casi todas por la Biblioteca Nacional, cuales son: el *Catálogo de escritores de Bellas Artes en España*, del Sr. Zarco del Valle; el de *Relaciones y Fiestas*, de D. Genaro Alenda, inteligentísimo ordenador de la sala de *Varios* de dicho establecimiento; la *Monografía acerca de las colecciones de refranes*, obra del Sr. Sbarbi, que se dispone á publicarla, á par de la rica y curiosa coleccion que con el título de *Refranero* da á la estampa, llevando ya impresos cinco volúmenes; el *Catálogo de periódicos*, del Sr. Hartzenbusch (D. Eugenio); el de *Escritores de matemáticas en el siglo XVI*, formado por el Sr. Pícatoste; el muy rico y extenso del *Moderno teatro español*, de D. Manuel Ovilo y Otero; la *Biblioteca jurídica*, de Fernandez Llamazares, y la de *Poetas líricos antiguos y modernos*, citada sin indicacion de su autor en la Memoria de la Biblioteca Nacional correspondiente á 1872.

En punto á índices y catálogos de Bibliotecas públicas y particulares, con mencionar, aparte de los *registros* é inventarios de diversas colecciones formados en los siglos XV, XVI y XVII sin rigor bibliográfico suficiente (2), el Casiri ya citado, la excelente *Bibliotheca Græca-Matritensis*, de Iriarte (D. Juan), trabajo el más esmerado que ha salido de manos de nuestros helenistas, el *Índice de los manuscritos españoles conservados en las Bibliotecas de Roma*, de Hervás y Panduro, el *Catalogue of the Spanish Mss. in the British Museum*, del Sr. Gayangos, el de *Manuscritos españoles de las Bibliotecas de Paris*, dado á la estampa años há por don Eugenio de Ochoa, los diversos *Índices* de la Universidad de Salamanca, y los tres riquísimos y extensos *Catálogos* de nuestro La Serna Santander

(Bruselas, 1803, 5 volúmenes), del marqués de Morante y de Salvá, tendremos expuesto lo más notable que sobre el particular recuerdo.

A estas seis especies de *bibliotecas* pudieran añadirse otras dos, la de *épocas* y la de *sectas religiosas*. Pero no habiendo de la primera clase más ejemplos que el *Ensayo de una biblioteca de los mejores escritores españoles del reinado de Carlos III*, de Sampere y Guarinos, y los dos Diccionarios de autores del siglo XIX, ya mencionados, y estando limitada por hoy la segunda á la admirable *Biblioteca Wiffeniana* del sabio profesor de Strasburgo, doctor Bohemer, relativa á los protestantes españoles del siglo XVI, no he juzgado necesario hacer clase aparte de tales libros. Por razon análoga omito las bibliografías especiales de cada autor, de su escuela, discípulos, imitadores, etc.; pues fuera de la *Biblioteca Luliana*, de Roselló, inédita todavía, no conozco ninguna que forme libro aparte, dado que suelen acompañar como apéndices á las monografías *crítico-bibliográficas* de cada autor, que citaré en sazón más oportuna (1).

A todo este arsenal erudito han de añadirse las bibliografías generales de Brunet, La Serna Santander, Hain y tantos otros que fuera prolijo citar aquí, libros de indispensable consulta, debidos en su mayor número á autores extranjeros.

Tal es (salvas inevitables omisiones) el caudal bibliográfico hoy existente. ¿Cuál de los métodos hasta ahora adoptados para la composicion de este linaje de obras es más *científico*, más útil y satisface mayor necesidad en España? No dudo responder que el de *materias*. La Bibliografía general es, hoy por hoy, imposible en España como en todas partes. Debe ser el *desideratum* de la erudicion y de la critica; pero no conviene empeñarnos en tentativas directas, y sin duda infructuosas, para conseguirlo. Deben fomentarse los trabajos eruditos acerca del movimiento intelectual en cada una de las regiones de nuestra Peninsula, para que por tal camino se conserve la *autonomía* científica y literaria de que algunas ciudades, como Barcelona y Sevilla, disfrutaban; adquirieran otras la independendencia, carácter y vida propia de que hoy, á pesar del número y calidad de sus ingenios, carecen; crezca en nosotros el amor á las glorias de nuestra provincia, de nuestro pueblo y hasta de nuestro barrio, único medio de hacer fecundo y provechoso el amor á las glorias comunes de la patria, y sea posible contrarrestar esa funesta *centralizacion* á la francesa, que pretende localizar en Madrid cuanto de vida literaria existe en todos los ámbitos del suelo español, borrando

(1) Formada tiene este eminentemente literato una *Reseña bibliográfica de poetas del siglo XVIII*, que sería de desear viese la pública luz.

(2) Véanse, entre otros, los de las librerías del Principe de Viana, la Reina Católica, Zurita, Antonio Agustín, Paez de Castro, etc. Entre todos descuella el *Registrum* de D. Fernando Colon, trabajo ya verdaderamente de biblioteca.

(1) Trabajos bibliográficos sueltos de notable importancia dieron á la estampa, entre otros que en sazón oportuna recordaremos, los señores D. Benito Maestre y D. Luis Usdi y Rio, sin rival el segundo en el conocimiento de las obras de nuestros heterodoxos del siglo XVI.

por ende toda diferencia y todo sello local, para obtener en cambio una ciencia y un arte reflejos pálidos de la ciencia y del arte extranjeros, no pocas veces antipáticos y repulsivos á nuestro carácter. Aparte de esta capital consideracion, los catálogos de escritores provinciales conducirán en un término lejano á la formacion de la bibliografía general; los estudios sobre la imprenta en cada una de nuestras ciudades formarán unidos la *Tipografía Española*, y los índices de libros útiles para la historia particular son materiales para el *Aparato bibliográfico á la historia de España*, obra que falta aún, como asimismo faltan el *Arqueológico* y el *Diplomático*, trabajos preparatorios indispensables, sin los cuales, y numerosas colecciones de documentos á más de las existentes, nunca lograremos poseer una *Historia* completa, erudita y digna de su nombre.

Pero aún más necesarias que las Bibliotecas regionales, de las cuales existe al cabo gran número, son las compuestas *por materias*, muy escasas todavía en España, libros que satisfacen de lleno las condiciones que la historia literaria tiene derecho á exigir de la bibliografía, pues su unidad interna no está limitada por las condiciones de tiempo y espacio, sino por la naturaleza de cada rama del saber, apareciendo los escritores en ellos incluidos como eslabones de la misma cadena. De este género de bibliografías, formadas con los requisitos que señalé al principio de la presente carta, es muy fácil el tránsito á las monografías histórico-críticas.

Por desgracia, consideraciones materiales de poco levantada indole limitan en España, del modo que usted sabe, la produccion de libros eruditos. No hay público para esta clase de trabajos, y su impresion, con frecuencia harto costosa, suele no ser accesible á las fuerzas de un particular, que teme empeñar sus recursos en un libro de difícil ó dudosa venta. Por tal razon hallo digna de toda alabanza la institucion de premios anuales para este objeto en la Biblioteca Nacional, institucion provechosisima de que nuestras letras son deudoras al insigne erudito Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe. En el escaso tiempo trascurrido desde el primer concurso hasta hoy, ha dado por naturales frutos un número de obras bibliográficas superiores en extension y en importancia á cuanto se habia trabajado en España en el medio siglo antecedente. Algo se ha detenido este movimiento desde el año 67, por una causa verdaderamente lamentable que dará ocasion á la muerte de toda actividad bibliográfica, si pronto no se acude al remedio. Desde aquella fecha no se ha impreso una letra de ninguna de las obras premiadas, y, lo que es aún más de sentir, ha quedado incompleto el importantísimo *Ensayo* de Gallardo, Zarco del Valle y Sancho Rayon. ¿Cuál es la causa de semejante atraso? Lo ignoro: tal vez los malos tiempos

que hemos corrido; tal vez la indiferencia con que en España se miran estas cosas. Pero si afirmo que de no remediarlo presto quien puede y debe, dará ocasion á que el público no pueda apreciar el acierto del Jurado en sus calificaciones, confiscaráse en provecho de los pocos literatos que en Madrid residen y pueden á toda hora concurrir á la Biblioteca Nacional lo que debiera ser patrimonio comun de la erudicion española, harás cada día más difícil el conocimiento de nuestras riquezas literarias, y á la postre faltarán concurrentes á los premios, pues no es grande estímulo la mezquina recompensa pecuniaria á ellos aneja, ni aún la entrada en el cuerpo de Bibliotecarios, para que consienta nadie en enterrar en la sala de manuscritos una obra, fruto tal vez de largos afanes y vigiliias.

Es, pues, urgentísima la publicacion de los trabajos hasta hoy premiados, y si arredrare á la Superioridad el escasisimo coste de tal empresa (pues aquí para todo lo útil se tropieza con dificultades inconcebibles, al paso que nadie pára mientes en los gastos que ocasionan tantas y tantas cosas superfluas), creo que fuera preferible suspender por algunos años los concursos y publicar en tanto las obras existentes, á dejar de cumplir lo que se anunció en las condiciones de los concursos como *parte* (y la más esencial) del premio.

Pero tal vez se me dirá: ¿A qué tanta proteccion á esos estudios? ¿A qué fomentar la composicion de obras bibliográficas, cuando existen tantas como ya dejo citadas, aparte de las muchas que habré omitido? ¿No se ha trabajado bastante en ese campo? ¿Quedan aún puntos sin explorar? ¿No sabemos bastante de nuestros escritores? La respuesta es muy sencilla: á continuacion va el índice de *algunos* de los Diccionarios bibliográficos que nos faltan todavía. Elijo sólo aquellas materias de mayor y más reconocido interes, prescindiendo de otras muchas que solicitan de un modo ménos imperioso la curiosidad erudita:

- |   |   |
|---|---|
| 1. Biblioteca de Teólogos.....                      | } Escriturarios.<br>} Escolásticos.<br>} Dogmáticos.<br>} Moralistas. |
| 2. — De Místicos y Ascéticos.                       |   |
| 3. — Filósofos.                                     |   |
| 4. — Moralistas no teológicos.                      |   |
| 5. — Jurisperitos .....                             | } Civilistas.<br>} Canonistas.  |
| 6. — Políticos y tratadistas de Filosofia política. |   |
| 7. — Eseritores de Alquimia, Química y Física.      |   |
- (Pudieran dar materia á dos *Bibliotecas* cuya formacion incumbe de derecho á mi sabio amigo y maestro en materia bibliográfica D. José R. de Luanco, autor de la excelente monografía acerca de *Raimun-*



do *Lulio considerado como alquimista*, y al Sr. Rico y Sinobas, ilustrador doctísimo de las obras científicas del Rey Sabio.)

8. — Zoólogos.
9. — Geógrafos y Cronologistas.
10. — Arqueólogos.
11. — Historiadores generales y de sucesos particulares.
12. — Historiadores de órdenes religiosas y monasterios, Genealogistas, etc., etc. (Sobre el segundo de estos grupos existe la *Bibliotheca Genealógico-Heráldica*, de Franckenau, ó sea D. Juan Lucas Cortés; pero es muy incompleta) (1).
13. — Estéticos, preceptistas, críticos ó historiadores de la literatura.
14. — Orientalistas.
15. — Humanistas.
16. — Autores que han escrito de ó en lenguas exóticas.
17. — Poetas españoles que han escrito en griego, en latin ó en alguna de las lenguas vulgares no habladas en la Península Ibérica.
18. — Líricos castellanos, galiceo-portugueses y lemosines.
19. — Poetas épicos.
20. — Novelistas.
21. — Biógrafos y Bibliógrafos.
22. — Anónimos, pseudónimos, plagarios, curiosidades literarias. (Obra análoga al excelente *Diccionario de supercherías bibliográficas*, de Querard.)
23. — Heterodoxos españoles. (Completar á Bohemer con la noticia de todos los que en Iberia extravagaron de la fe católica ántes y despues de la *Reforma* protestante del siglo XVI.)
24. — Biblioteca de Traductores de lenguas clásicas y de poetas modernos. (Llevo muy adelantada esta *Biblioteca*.)
25. — Traductores de idiomas vulgares.
26. — Escritores oriundos de España aunque hayan nacido y escrito en país y lengua extranjeros. Escritores extranjeros que han usado cualquiera de las lenguas peninsulares en todos ó en alguno de sus escritos.
27. — Autores extranjeros que han escrito de cosas de España.
28. — Matemáticos ibéricos anteriores y posteriores al siglo XVI.
29. — Escritores de arte militar y otros asuntos análogos.
30. — Autores cuyas obras se han perdido.
31. — Escritoras españolas.

(1) Cítase otra de Salazar y Castro que no hemos visto.

Usted, amigo mio, ha de darnos ántes de mucho esta obra, digna, sin duda, de su erudicion, ingenio y acrisolado juicio.

Cuando esté realizado todo ó la mayor parte de este programa, podrá decirse con fundamento que la bibliografía española queda ámpliamente ilustrada. Hasta tanto, y miétras sigamos ignorando la mitad de nuestro pasado intelectual, no me cansaré de solicitar proteccion y apoyo para este linaje de estudios, de suyo áridos é ingratos, que reportan fatigas considerables, aunque no honra ni provecho.

En mi próxima epístola trataré del segundo medio de promover el estudio de nuestra historia científica, ó sea *de las monografías expositivo-críticas*.

Queda de usted apasionado amigo y paisano.

M. MENENDEZ PELAYO.

Santander, Julio de 1876.

## HIGIENE SOCIAL.

EL PRIMER PROBLEMA.—CONSTRUCCION DE CASAS PARA OBREROS.

### I.

En ocasion distinta de la presente, hemos demostrado: primero, que el hombre se ofrece á la consideracion de la ciencia y arte de la vida bajo este triple punto de vista, físico, moral é intelectual, y que, por lo tanto, sus particulares fines se manifiestan al exterior como exigencia práctica en tres géneros de necesidades, físicas, morales é intelectuales, respectivamente; segundo (relacionando ya esta doctrina con la higiene social), que el secreto para satisfacerlas en nuestros obreros se encierra en esto: *casas económicas, régimen alimenticio reparador, instruccion suficiente*. Dando esto por supuesto, me ocuparé hoy del primer problema, uno de los más graves que ha planteado en nuestros dias, ántes que la ciencia sociológica, el profundo mal-estar real de los trabajadores industriales, hacinados do quiera en angostos é inmundos tugurios, sin aire, sin luz, sin cielo, sin calor y rodeados de todo linaje de miserias.

Vana quimera es querer buscar en una nacion cuyos habitantes pobres ocupan casas peligrosas por sus condiciones contrarias al órden material, social y moral, el adelantamiento de las ciencias, ni los progresos de la industria, ni el brillo de las artes, ni garantías sólidas para la salud, ni un satisfactorio estado sanitario permanente, ni el respeto á la ley, ni los nobles sentimientos, ni las buenas costumbres, ni nada que demuestre un alto grado de cultura. Corroborá nuestro aserto la comparacion